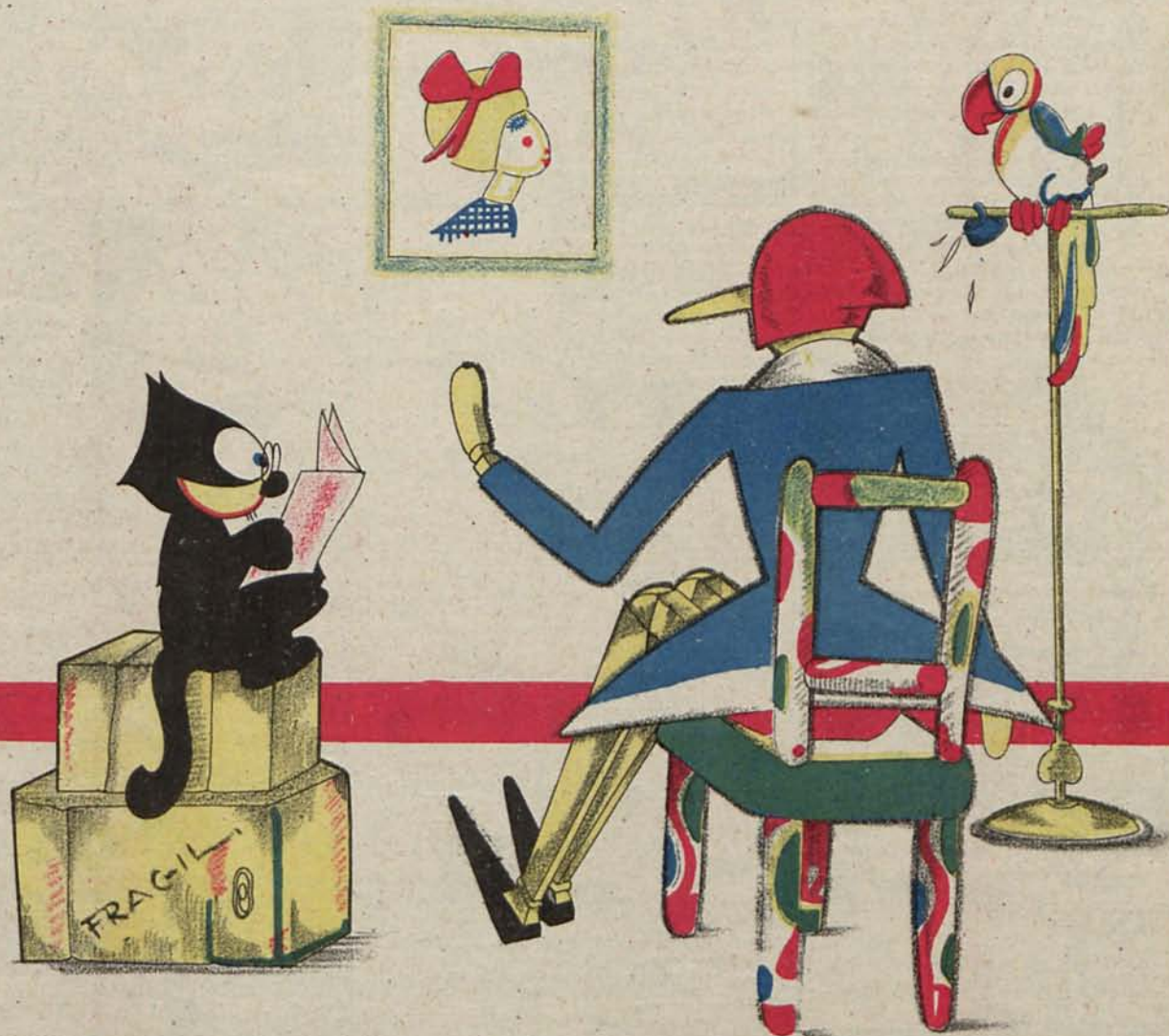


PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 181

25 cts

5 AGOSTO
1928



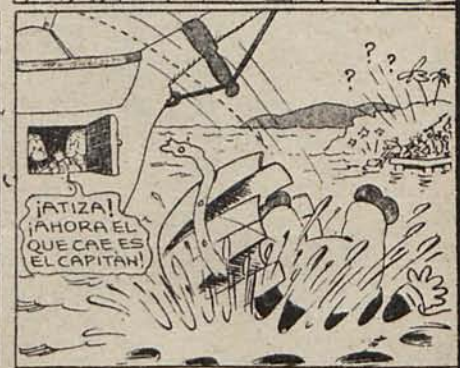
¿PERO NO SABES DONDE ESTÀ EL MAR MUERTO?
¡NO, CHICO, NOTENIA NI NOTICIAS DE QUE ESTUVIESE ENFERMO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

—¡Y qué es más que un sueño tu aislador para bomba!

—¡No! —exclamó Volkoff, dando otro puñetazo sobre la mesa—, no es un sueño, ya lo verás.

Volkoff se puso en pie con los ojos centelleantes.

—Veremos quién de los dos, si yo o Gustowsky, realiza antes el milagro.

En esto entró Pedro, que le hizo una seña a Shasky.

—Ya estoy listo —dijo éste.

Púsose en pie, se cercióró de que estaba cargada su pistola americana, estrechó la mano de su amigo y se dispuso a salir.

—¡Buena suerte! —exclamó Volkoff.

—Dentro de cinco minutos estarás en el lugar de la cita —le dijo Pedro a Shasky.

—Yo estaré antes que él —murmuró Volkoff.

—¿En dónde? —preguntó su amigo asombrado.

—En el sitio adonde quiero llegar —repuso Volkoff.

Y se quedó en su puesto con los ojos fijos en el vaso vacío que tenía ante sí.

Shasky no tardó ni un segundo en salir.

En la calle un mozo de cuadra sujetaba trabajosamente por el freno al loco, el cual, enganchado al egoísta, pifaba mordiéndose el bocado.

Shasky se subió de un salto al minúsculo asiento del ligero vehículo, se envolvió bien en la pelliza, se caló hasta los ojos la gorra cuadrada, arqueó los brazos sacando los codos hacia afuera, extendió las manos y agarró las riendas que tenían la sutileza del hilo.

—¡Suelta! —le gritó al mozo de cuadra.

Este obedeció, dejando libre al animal, que partió como un proyectil sobre el cristal pulido de la calle.

Los arreos, hechos con tiras de cuero, apenas si se veían, y el animal parecía volar suelto bajo la duga, el gran arco de madera que llevaba sujeto al cuello. El trineo volaba sobre el hielo como un vehículo fantástico.

El camino estaba desierto. Shasky sentía cómo le azotaba el rostro la nieve empujada por el viento; mas no se olvidaba por eso de escudriñar atentamente con sus ojos tan agudos y penetrantes ambos lados de la calle.

De pronto le pareció que una sombra oscura se destacaba de la blancura de las incrustaciones de nieve que cubrían las casas a su derecha.

Al cabo de unos cuantos segundos estuvo en frente de él. La sombra permaneció inmóvil. Shasky refrenó el ímpetu de su caballo y pasó por delante al trote corto para observar mejor a la misteriosa figura. Después de haber recorrido unos cuantos metros, le pareció oír a sus espaldas acelerados pasos. Volvióse y vio que el desconocido le seguía a paso de carrera.

—Ya comprendo —murmuró Shasky a flor de labios—. Es un espía.

El espía se percató de que había sido visto por Shasky y se volvió a poner al paso.

—Si, trabajo te doy —murmuró otra vez Shasky; no se pasea uno a estas horas y en una noche semejante por las calles de San Petersburgo sino por un motivo muy grave... Ya te lo diré de misas... Tendrás que correr mucho hasta destrozarte los pulmones y las piernas.

Shasky, antes de terminar esta especie de coloquio, se-

mihablado y semipensado, aflojó un momento las sutiles riendecitas, hizo chocar ligeramente la lengua, y el loco se lanzó viente a tierra como una bala de cañón... En cinco segundos había desaparecido el espía en la tormenta de nieve que azotaba al loco, excitando su vertiginosa velocidad.

Shasky llegó en pocos minutos a la puertecilla de servicio del parque, que rodeaba la villa del general Sadoff, hizo pararse al jadeante animal, lo abrigó con una recia pelliza, le acarició el cuello, cubierto de pedacitos de hielo y se puso a pasear arriba y abajo, cerca del vehículo, para no quedarse entumecido por el frío. El había sido puntual, pero no se veía aún a Vera. Shasky miró hacia la casa que estaba silenciosa y oscura, azotada por la tramontana que amontonaba la nieve contra los muros. No veíanse iluminadas más que dos ventanas... Shasky, mientras se paseaba, pensaba en el espía que había tenido la intención de seguirlo. ¿Cómo había podido darse un caso semejante?

Hasta aquella noche nunca le había pasado una cosa parecida, lo que haciale suponer el acaecimiento de un hecho nuevo e inesperado, y que la policía poseía algún rastro de la organización de los «Hermanos del Silencio». Y miraba a su alrededor con el recelo de ver aparecer de un momento a otro al espía, que ya había podido alcanzarlo por ser la calle completamente recta. Shasky deseaba que Vera se hubiera anticipado a la hora de la cita, y una impaciencia insólita, una agitación inexplicable, atormentaba su espíritu. Mientras trataba de indagar con el pensamiento el camino misterioso por el cual la policía había puesto los ojos en él y en sus compañeros, e instintivamente fijaba la vista en la única luz resplandeciente que brillaba en aquella noche tempestuosa, esto es, la que salía de las dos ventanas, vio abrirse una de éstas y que una figura de mujer se abalanzaba al alféizar y daba un salto en el vacío, al mismo tiempo que un grito de rabia y de ira rasgaba el aire de la noche.

Shasky no había vuelto aún de su asombro, cuando oyó abrirse la puertecilla, y vio ante sí a Vera jadeante y desfavorida.

—¡Pronto, pronto, salvémonos!

Shasky recobró inmediatamente la presencia de espíritu, y después de haber echado una rápida mirada a su alrededor, quitarle la pelliza al caballo y subir al asiento, le tendió la mano a Vera que de un salto ligero sentóse jadeante y llena de ansiedad al lado de Shasky. Éste le pasó un brazo por la cintura para sostenerla, se envolvió a sí mismo y a su compañera en una gran piel de oso, gritóle al caballo, tiró de las riendas y se lanzó volando sobre el hielo.

—Pronto —dijo Vera con voz que parecía un susurro— a la cripta de Nuestra Señora.

—¿Qué ha sucedido? —interrogó Shasky sin comprender ni una palabra de la misteriosa escena que acababa de presenciarse.

—Ya te lo explicaré allí —repuso balbuciente Vera, presa de una emoción indescriptible.

Nuestra Señora no estaba lejos. Al llegar allí, Shasky y Vera bajaron del trineo, atando el caballo a una de las columnas.

—¿Tienes la llave de Jaskoff?

—Sí —replicó Shasky abriendo la puerta de la casa del Pope.

El Pope se quedó estupefacto al ver a aquella hora a los dos visitantes. Vera, en pocas palabras, les explicó lo sucedido.

—Por una imprudencia mía, muy lamentable —y al decir esto Vera golpeábase la frente—, se ha descubierto todo.

La policía ya conoce el sitio de reunión de los «Hermanos del Silencio». Godunov, el infame verdugo de José Duda, quería venderme el perdón con tal que yo le amara... Yo me he escapado por milagro, saltando desde una ventana. La nieve, amontonada en aquel sitio, amortiguó la violencia de la caída y he podido llegar hasta aquí, sana y salva, apenas a tiempo para advertiros que no os reunáis más en la cripta porque sería vuestra perdición... Godunov os cogería como peces en la red.

Jaskoff y Shasky escucharon aterrados el relato de Vera, que, a pesar de la vehemencia con que fué expresado, era lo suficiente claro para que comprendieran los dos que no era ocasión de exclamaciones y de comentarios.

—¿En dónde nos reuniremos ahora? —interrogó Jaskoff.

—En casa de Pedro Kutorovic —respondió Shasky.

—¡Adiós! —dijo Vera; y asiendo de la mano a su compañero lo arrastró por la escalera cuchicheando:

—No podemos perder ni un segundo. Quizás Godunov nos siga la pista.

Pocos segundos después el *egoísta*, gracias a los jarretes de acero del *loco* y a la vigorosa mano de Shasky, cortaba como una flecha la tormenta, deslizándose sobre la dura superficie del hielo.

—¡Más aprisa! —cuchicheó Vera al oído de Shasky, con la voz trémula de angustia.

El caballo empleaba en la carrera toda la fuerza de sus jarretes y toda la velocidad de sus músculos. Dijérase que se embriagaba con su propio galope.

El vehículo corría con una rapidez desenfrenada y así enfiló los *quais* y atravesó el río. Shasky creyó oír el galope de un caballo a sus espaldas.

—¡Más aprisa! ¡más aprisa aún! —murmuró Vera.

Las casuchas de los suburbios, con sus escasas lucecitas, desvanecíanse entre las sombras de la noche. El vehículo penetraba entonces en el *Isole* y deslizábase en aquel momento en el paisaje desierto, en las tinieblas absolutas.

—¡Más aprisa! ¡más aprisa! —seguía murmurando Vera.

Azotado por la nevasca, excitado por el frío que le congelaba el aliento, exasperado por la loca insistencia de Vera, Shasky, olvidándose de las veredas recorridas en su fuga vertiginosa, no se dió cuenta de que se hallaba cerca de la casa de campo del profesor Guthowsky.

Aguijoneado por la voz de Vera, Shasky exigióle al *loco* el postrer esfuerzo, y levantando el *knut*, dejó caer el látigo de cuero sobre la grupa del brioso animal.

En aquel momento estaban a pocos metros de la casa de campo. Shasky pasó por delante con rapidez, mientras le decía a Vera en voz baja:

—Es preciso fingir el vuelco.

Pero el caballo, que no estaba acostumbrado al castigo del látigo, pegó un salto prodigioso, levantando al ligero *egoísta* medio metro del suelo.

Vera se sintió como agarrada por una mano invisible, creyó que la levantaban en el aire, experimentó un dolor agudo y breve como un relámpago, y después no sintió, ni oyó, ni vió nada más.

VII

El veneno de la serpiente.

Apenas Godunov, después de haber recibido en la cabeza el golpe producido por el jarrón de porcelana arrojado por Vera, pudo volver en sí de su aturdimiento y ver algo al través de la sangre que le empañaba la vista, sin preocuparse para nada de averiguar si su herida revestía gravedad, corrió a la ventana para cerciorarse de la suerte que había corrido Vera. Exponiendo por algún tiempo la cabeza a las violentas ráfagas de nieve que azotaba el aire, escudriñó con ojos inquisidores la obscuridad, pero no le fué dado divisar más que los elevados montículos de nieve

que se levantaban a pocos metros de la ventana. Fué entonces cuando comprendió que aquel inopinado detalle había despojado de todo peligro al salto de Vera y que la endemoniada joven debía de estar ya muy lejos de allí. Manando todavía sangre por la herida y emporcado de agua sucia, Godunov blasfemó contra la suerte enemiga que le acababa de hacer aquella imperdonable jugarreta.

—Y ahora, ¿dónde voy a encontrarla? —masculló entre dientes, mientras miraba en un espejo su rostro desfigurado. —¿Dónde voy a encontrar a sus cómplices? A estas horas debe ya de haberlos puesto en guardia y hay que volver a empezar otra vez todo el trabajo. ¡Ah! ¡sino advierto! —rugió el capitán, reprimiendo a duras penas su cólera. Luego abrió la puerta de la habitación, en la que el general esperaba el resultado del coloquio que terminara de tan impensada manera.

El viejo general, a causa de la larga espera, se había adormilado ligeramente, y al oír el chirriar de la puerta, preguntó sin moverse:

—Qué, ¿se han entendido ya ustedes?

—Todo lo contrario —gruñó el capitán Godunov—. ¡Mi general, su hija es un demonio! ¡Mire usted cómo me ha puesto!

El general, al mirar al capitán, se puso de pie de un salto, lanzando un grito de asombro. Godunov le contó entonces la escena con todos sus pormenores.

—¡Precisa salir y encontrarla a toda costa! —exclamó el general Sadoff.

Después de haber sido curado provisionalmente y como mejor se pudo, Godunov bajó con él al jardín en busca de Vera, haciendo todo lo posible por no llamar la atención de los criados. Pero las pesquisas fueron breves, pues la huella del cuerpo de Vera, en el montículo de nieve que se alzaba al pie de la ventana y la puertecilla de servicio abierta, hablaban con bastante claridad.

El general y el capitán, burlados ignominiosamente por una muchacha de veinte años, volvieron a subir cariacontecidos y cabizbajos al comedor, haciéndose servir la comida y trazando entretanto un gran número de planes sobre los medios más acertados para dar con el rastro de Vera.

Pero transcurrieron muchos días sin que el capitán ni el general adelantasen un paso en su difícil empresa. Al día siguiente de la escena que acabamos de relatar, Godunov fué a hacer un registro a Nuestra Señora de Kazan. El Pope lo recibió con todos los honores, le guió con los polizones que le acompañaban por todos los subterráneos; pero Godunov no halló ni un solo indicio de rebeldía y conspiración. Todo exhalaba allí un aroma de religión y de inocencia extremada.

El hombre encargado de vigilar y de seguir a Shasky, del cual sospechaba Godunov por vagas indicaciones hechas en las cartas de Vera, no había vuelto a versele por ninguna parte.

Godunov lo mandó llamar.

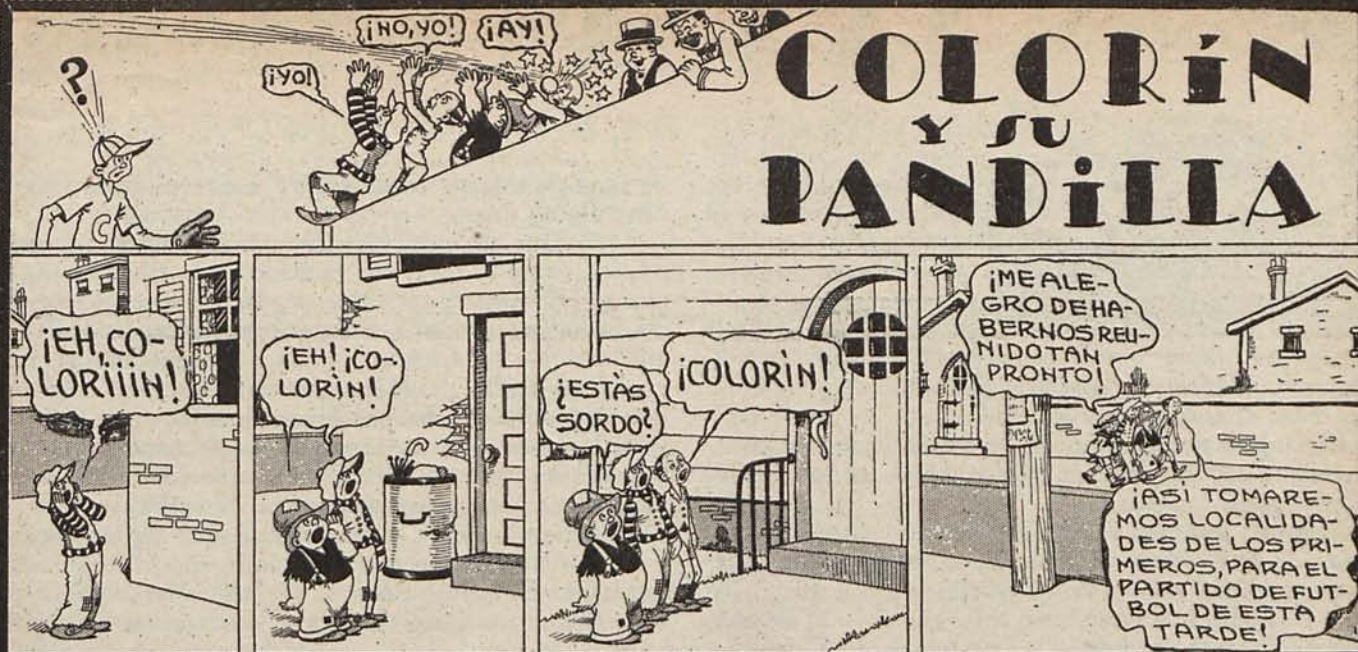
El infeliz tuvo que confesar que la noche indicada por el capitán había visto a un hombre envuelto en una pelliza recorrer en un *egoísta* con velocidad vertiginosa el camino que conducía a la villa del general; pero que no podía decir nada más por haber perdido de vista al endiablado vehículo al cabo de unos cuantos segundos.

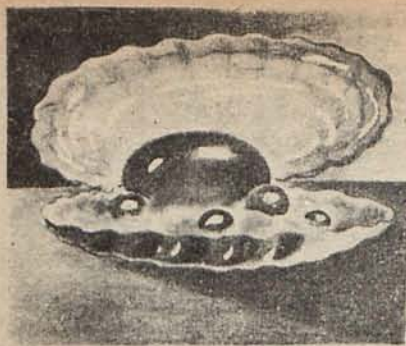
Así pasaron muchos días. Celebróse el baile en la Corte. Godunov presenció el terrible y misterioso suceso que lo había ensombrecido, y, no obstante, no había podido descubrirse aún huella alguna de Vera y de sus compañeros.

El capitán, involuntariamente, aunque no quisiera confesárselo a sí propio, empezaba a sentir una especie de pavor de aquella misteriosa y desconocida sociedad de «Los Hermanos del Silencio», tan poderosa, que hasta podía hacer llegar a manos del mismo Czar, en medio de todo el mundo oficial, que le ampara y protege, su sentencia de muerte.

(Continuará en el número próximo.)

COLORÍN Y SU PANDILLA





LA PERLA NEGRA

CUENTO POR

E. SALLGAR

(Conclusión.)

Apenas tocó fondo cuando vió la hendidura abierta en la roca, y, como antes el padre, también él soltó la

piedra para poner más libertad en sus movimientos.

Ya iba a entrar en la abertura, cuando de pronto vió aparecer el enorme pez-martillo.

El escualo no abandonaba su puesto, como si conociera que antes o después había de caer en sus dientes alguna presa humana.

El joven indio, al ver que el monstruo tapaba la entrada de la caverna, comprendió el motivo que impedía a su padre subir a la superficie.

— Mi padre está encerrado ahí—pensó—. Si no mato al escualo, está perdido,

El indio, como hemos dicho, era intrépido y fuerte. No era aquella la primera vez que se veía obligado a luchar con tan temible adversario, y hasta una vez hubo de habérselas con dos de ellos a la vez en sangrienta pugna.

Empuñó, pues, el cuchillo, y se dirigió resueltamente hacia él.

El pez-martillo, por su parte, ya lo había visto, y de un coletazo lanzóse fuera de la caverna, con la boca abierta, como saboreando de antemano las carnes del joven.

Primero trató de destrozarlo de un coletazo, y, como

no lograra sus propósitos, giró sobre sí mismo para dividirlo en dos.

Era lo que precisamente buscaba el valeroso joven. Rápido como el rayo, con la mano izquierda aferróse a una de las aletas pectorales, y con la derecha, armada del cuchillo, empezó a darle golpes desesperados.

El escualo se debatía furioso, ya remontándose hacia la superficie, ya dejándose caer a plomo, a la vez que se revolvía en formidables coletadas.

El indio no lo soltaba ni dejaba de apuñalarle. Del monstruoso cuerpo, acribillado de heridas, salía tanta sangre que oscurecía las aguas en derredor.

Aquella espantosa lucha no duró más que veinte segundos cuanto más, y terminó con la victoria del audaz pescador. El escualo, con el vientre abierto y destrozada la piel, no tardó en subir a la superficie sin movimiento alguno.

Estaba muerto.

El joven indio, terminado el combate, no había perdido el tiempo. Como aún podía resistir algunos segundos, penetró apresuradamente en la caverna, y junto a la roca encontró al pobre viejo, tendido entre las conchas e inmóvil.

La asfixia había comenzado.

Le estrechó entre sus brazos, salió de nuevo por la abertura, libre ya, y con un vigoroso talonazo remontóse a la superficie, cerca del barco.

Estaba tan agotado que no podía sostenerse a flote, y la sangre le salía de las orejas y de la nariz.

— ¡Hermanos míos—pudo apenas balbucir—socorredme!

Los más fuertes ya se habían arrojado al agua. Nigala y su hijo mayor fueron izados a bordo, y sin pérdida de momento les fueron prodigados los primeros socorros.

El primogénito no tardó en recuperar sus sentidos; pero el viejo, en cambio, inflado como un odre, tardaba en abrir los ojos.

Al cabo, tras enérgicas fricciones, un largo suspiro salió de sus crispados labios.

— ¡La tridacna! —fué lo primero que dijo.

— Padre, no hables—dijo su salvador.

El viejo meneó la cabeza con enérgico gesto.





—¡La tridacna!—repitió con voz entrecortada—. ¡Allí... en la caverna... la he visto... la perla... tres o cuatro pasos!

Y, agotado por aquel esfuerzo supremo, desplomóse de nuevo en los brazos de su hijo, repitiendo aún con voz débil:

—¡La... perla...! ¡Ricos... todos... ricos...!

El hijo mayor, que también había entrado en la caverna donde su anciano padre estuvo a punto de hallar horrenda muerté, no se acordaba de haber visto la tridacna, y creía que su padre deliraba.

—Esperemos a que se reponga—dijo a sus hermanos—. Y entonces veremos si ha dicho la verdad.

Pero el viejo pescador empeoraba por momentos. Aquella prolongada inmersión había conmovido su probada resistencia.

Pronto se apoderó de él la fiebre, y sobrevino luego el delirio; durante su exaltación, no hacía más que repetir las mismas palabras:

—La perla... todos, ricos... la perla... hijos míos... no la dejéis...

Por la noche, el desgraciado expiró. La perla que debía constituir la fortuna de su familia le había sido fatal.

Los doce hijos, desconsolados, llevaron a la orilla el cadáver, enterrándolo a la sombra de un gigantesco banano que crecía en la punta extrema de Ceilán.

Pasaron algunos días sin que ninguno de ellos se acordara de la perla que el moribundo les recomendara buscar en el fondo del mar.

Sólo dos semanas después el mayor de los hijos recordó el episodio de la caverna. Como la temporada de pesca estaba ya casi terminada, el joven se propuso ir en derechura al escollo, sin temor de que le siguieran otros pescadores.

El viejo Nigala no era capaz de engañarse; tal pensaban todos sus hijos.

Esperaron a una noche oscura para no despertar sospechas en los otros pescadores, quienes, ya advertidos de algo anormal, los espiaban desde hacía varios días, y llevaron la barca al sitio donde había tenido lugar la terrible lucha con el pez-martillo.

Los tres hijos mayores, todos ellos fuertes y hábiles buzos, apenas apuntó el alba se arrojaron al mar, entrando resueltamente en la caverna submarina.

La gigantesca tridacna estaba todavía allí, en medio del banco de conchas, mostrando el nácar de su interior.

No sin violentos esfuerzos, los tres jóvenes la arrancaron de la roca, y atándola a una cuerda que pendía de la barca, volvieron apresuradamente a la superficie.

Izada la tridacna a bordo, la abrieron, encontrando en ella una soberbia perla negra, tan grande como un huevo, y de un valor incalculable.

El pobre viejo había muerto; pero sus hijos quedaban a cubierto de la miseria.

Aquella perla, que es la mayor conocida, pertenece hoy al sultán de Misore, uno de los más ricos nababs de la India.

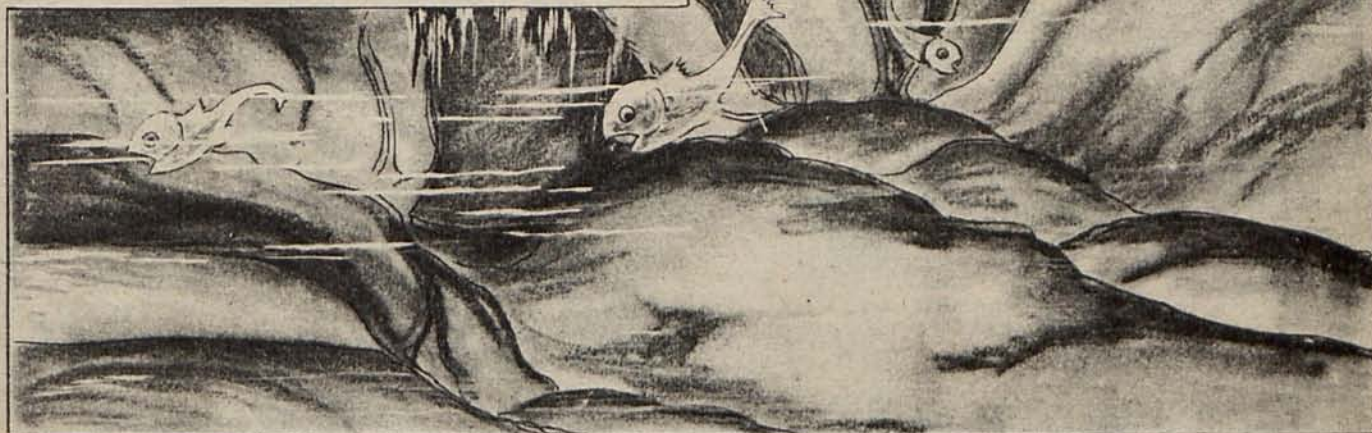
Los hijos de Nigala están considerados en la actualidad como los más ricos armadores de Manaar, y cada año envían una flotilla de cien barcas a los bancos perlingeros.

Pero no han olvidado a quien les diera el sér y la fortuna.

En la extremidad de la península india, cerca del cabo Comorín, y frente a los bancos se destaca un espléndido mausoleo del más puro estilo indio, a la sombra de un banano gigantesco.

Bajo él duerme su sueño eterno el viejo Nigala.

FIN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿DE MODO QUE ES DEFINITIVO ESO DE QUE MONTA USTED UNA EXPENDURÍA DE SOMBREROS?

AXIOMÁTICO, SI SEÑOR. ANTES DE UNA SEMANA SERÁ UN SERVIDOR EL SOMBRERISTA MAS ACLAMADO POR LOS PÚBLICOS DE TODAS LAS PLAZAS

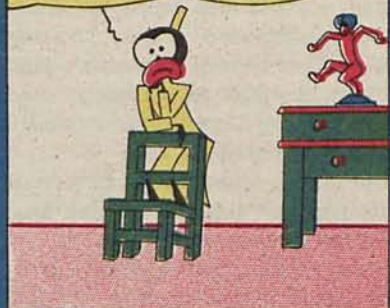


ENTONCES ¿NO VA USTED A TRABAJAR YA CONMIGO?

¡HOMBRE!; CON MI IMPORTANCIA COMERCIAL NO VOY A ESTAR HACIENDO HISTORIETAS PARA QUE SE RÍAN DE MI LOS NENES! ¡JA, JA, JA!; ¿QUÉ COSAS SE OYEN!



DON TURULATO ME HA PARTIDO POR EL EJE ¡A VER QUE HAGO YO AHORA, SOLO, SIN DINERO Y CON UNAS GANAS DE NO TRABAJAR QUE MALEAN! NO VOY A TENER MÁS REMEDIO QUE COLOCARME AUNQUE SEA DE INSTITUTRIZ



YA ENCONTRÉ MI PORVENIR. "SE NECESITA AMA SECA PARA CUIDAR DE UN BORRIQUILLO MORUÑO DE TIERNA EDAD PREFERIBLE SABRIENDO HABLAR FRANCÉS"



¡JI, JI! POR ALLÍ VIENE CURRINCHE CON OTRO QUE NO SE QUIEN ES

¡OJO! ¡OJO! Y ¡OJO! SI USTED PRUEBA LOS EXQUISITOS SOMBREROS DE PAJA MARCA "TURULATO" USTED REPITE



PERO, CURRINCHE ¿DÓNDE VAS CON ESA SARDINA DISECADA?

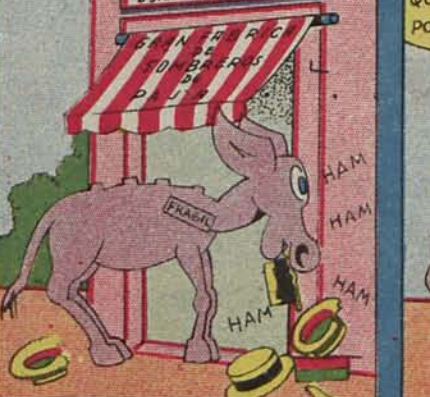
LO LLEVO A QUE TOMÉ EL AIRE. EL POBRE HA TENIDO LATOS FERINAY ME HAN DICHO QUE SI LO HAGO ENGORDAR ME SUBIRÁN EL SUELDO



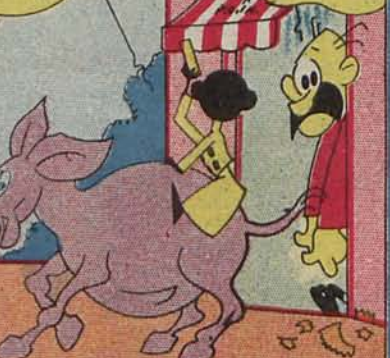
¿VES? ESTA ES MI FÁBRICA. POR ESTE AGUJERITO ENTRA LA PAJA Y CAE EN LA CALDERA DONDE HIERVE HASTA QUE CANTA EL GRILLO, LUEGO PASA POR EL ACORDEÓN, TOCA LA MARCHA REAL Y SALE EL SOMBRERITO YA HECHO POR EL EMBUDO



¡OJO! ¡OJO! Y ¡OJO! SI USTED PRUEBA LOS EXQUISITOS SOMBREROS DE PAJA MARCA "TURULATO" USTED REPITE



QUEDE USTED CON DIOS, DON TURULATO Y HASTA MAÑANA QUE VOLVEREMOS POR AQUÍ



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¿ES USTED CHINO,
POR CASUALI-
DAD?



¿Y A USTED QUE
LE IMPORTA?



¿Y A ME LA
PAGARAS!



¡MUCHO!

¿QUÉ TE HA PASA-
DO EN ESE
OJO?



¿Y A USTED
QUE LE IM-
PORTA?



¡GROSERO!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¿NO ENCUEN-
TRO EN QUE UTI-
LIZAR MI RAYO
AMAESTRA-
DO!



¡ZAPATETA!
¡AQUÍ HAY
UNA OCA-
SION!



¡BUEN HOMBRE,
NO TRABAJETA-
NTO, QUE YO SIERRO
ESE ARBOL INS-
TANTÁNEA-
MENTE!



¿QUEDA
DEMON-
STRADO!



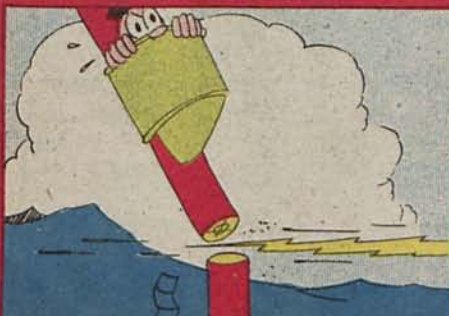
¡EH! ¡DETENTE
YA RAYO! ¡NO
SIERRES
MÁS!



¡SÍ, SEÑORA
YA HE MOSTER-
MINADO DETEN-
DER LA LÍNEA
TELÉFONICA!



¿QUÉ
PASARÁ
ENTIERRA
QUE SEVEN
DESCARGAS
ELÉCTRI-
CAS!



CUENTOS DE CALLEJA

LOS GUSANITOS DE SEDA

Castillo



ITA era una niña vanidosilla, y se había imaginado que, andando el tiempo, llegaría un Príncipe que le daría su mano de esposo.

Entretanto iba recogiendo por el camino florecillas. Ofreció un ramillete a un caballero, y recibió cinco céntimos; ofreció otro a una señora; quien le dió otros cinco; y así continuó hasta reunir un puñado de monedas.

Entonces se dedicó a vivir de la venta de flores, y logró ahorrar algún dinero, que, en su afán de parecer hermosa, se gastó todo en casa de un perfumista, donde compró un frasco de agua para embellecer.

Se lavó la cara con el líquido que contenía y se acostó con la ilusión de levantarse hermosa como un sol.

Pero el perfumista debió de equivocarse, porque cuando al día siguiente, apenas despierta, saltó del lecho y fué a mirarse al espejo, se horrorizó al verse con el rostro poblado de vello hasta el punto de ser casi barbuda.

Comenzó a gemir y a sollozar con toda su alma; fuese a visitar al perfumista y le suplicó ayuda en su desventura.

—Hay un remedio —dijo el comerciante—, pero te advierto que es muy caro.

—Dádmelo, os lo suplico, y tomad cuanto dinero tengo.

Hizo su efecto el específico, y el rostro quedó como la palma de la mano; pero ya no pudo ser tan bella como antes. De todas maneras quiso probar fortuna y se puso con su canastillo de flores en un sitio donde debía pasar el hijo del Rey, para ver si se enamoraba de ella.

A la hora anunciada, el Príncipe pasó en su carruaje. Rita le arrojó un ramillete, mas él ni siquiera se dignó mirarla y prosiguió su camino.

La muchacha quedó mortificada en su orgullo, pero pensó renovar la prueba al siguiente día. Volvió a acudir una semana entera arrojando flores a manos llenas en el coche del Príncipe; pero este pasaba siempre

hablando con su ayudante y ni por casualidad se dignaba mirarla.

Rita comprendió que todo era inútil, y que no debía pensar más en el Príncipe.

—Pues bien —pensó—, me casaré con un general.

El general recogía los ramilletes, y alguna vez daba un par de monedas de cinco céntimos; pero nada más.

En vista de su nuevo fracaso, se dedicó a enamorar a un coronel.

Y así fué bajando, bajando, hasta llegar a un soldado

raso, que, a la postre, le dispensó mejor acogida que los otros, y hasta prometió casarse con ella, si quería esperar a que le diesen la licencia absoluta.

Rita decidió casarse con el enamorado soldado, pero sin dejar de pensar ni un solo momento en el Príncipe de sus ensueños.

No vivía mal con su marido, que era hombre trabajador, y no sólo no le faltaba nada necesario, sino que con frecuencia el marido traía a casa un par de hermosos pollos para comer. Pero Rita torcía siempre el gesto con desdén.

—¿Qué quieres que te traiga para que estés alegre? —le decía el bondadoso marido.

—La gallina que pone los huevos de oro —contestábase displicentemente Rita.

Cierta día le dijo su esposo, con triste acento:

—Adiós, Rita, me voy; tal vez no volvamos a vernos más. Adiós.

—¿Adónde vas? ¿Por qué dices eso? —preguntó Rita.

—Voy a buscar la gallina que pone los huevos de oro para ver si consigo verte tan feliz como deseo.

Y salióse afuera, porque sentía que se le escapaban las lágrimas de los ojos. Amaba a su mujer, y le afligía por todo extremo separarse de ella.

Rita, en vez de impedirlo, consintió que el buen hombre marchara a intentar satisfacer tan necio y absurdo capricho.

Y cuando iba al mercado para vender los huevos de sus gallinas, preguntaba:

—¿Está muy lejos el país donde hay huevos de oro?

Todos le decían que no existía tal país.





Una vez que estaba mirando en la puerta para ver si regresaba su marido, vió gente corriendo, soldados que huían y un rumor que la hizo temblar.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Hay revolución. No paséis adelante, porque hay peligro.

Al oscurecer terminó de pasar la gente; pero apareció ante Rita un joven en traje de obrero que pedía albergue.

Miróle atentamente Rita, y se quedó muy sorprendida de la palidez del joven.

—¡Sois el Príncipe! —dijo.

—¡Silencio! No me hagáis traición, porque, si me conocen, me matan; si podéis esconderme, os bendeciré.

—Venid —dijo Rita, muy orgullosa de poder dar asilo al Príncipe.

—¡Cuán feliz sois! —exclamó el Príncipe—; a lo menos tenéis tranquilidad viviendo libre de enemigos.

Rita pensaba para sí que era una dicha no haberse casado con el Príncipe, el cual permaneció en el bosque hasta que el tumulto popular había pasado; luego se resolvió a salir en busca de su padre.

—Adiós —dijo a Rita—; os doy gracias por vuestra hospitalidad; y si alguna vez pudiera hacer algo por vos o vuestra familia, no tendréis que hacer sino pedirlo.

—Si encontraseis en vuestro camino a mi marido, haced el favor de aconsejarle que vuelva pronto a casa.

—¿Y cómo podré reconocerle?

—Es un aldeano que va buscando la gallina de los huevos de oro.

—Os lo enviaré; y vos, si por ventura ha encontrado las tales gallinas, mandadme a decir en que país se crían.

Rita le regaló un manojo de flores, que esta vez

aceptó el Príncipe, y lo guardó en un librito que siempre llevaba en el bolsillo, diciendo:

—Lo conservaré toda mi vida para acordarme de vuestro buen corazón.

Y emprendió su camino a pie y disfrazado de campesino para no ser conocido.

Rita estuvo triste algunos días, esperando siempre a su esposo, arrepentida de la pícara ambición.

Una mañana vió

a un hombre que tenía una figura muy semejante a la de su marido. Dió un salto de alegría, y en pocos segundos pudo abrazarlo, pues era él.

—¡Vámonos a casa, vámonos a casa! —le dijo—. ¡Cuán contenta estoy de haberte encontrado!

—¡Pues y yo! Figúrate que mi absurda pregunta acabó por ser causa de que me encerrasen en una casa de locos, de la cual tuve la fortuna de poder escaparme. Pero ¿no me preguntas por los huevos de oro?

—No; porque estoy convencida de que aquel deseo mío era una insensatez provocada por ciega ambición; y para ser dichosa me basta con nuestra casita y con que, por fin, hayas vuelto.

—Pues, a pesar de eso, te traigo huevos de oro. Y le mostró un canastillo completamente lleno de gusanos de seda, rubios como unas candelas.

Rita, que nunca los había visto, se quedó con la boca abierta y toda maravillada.

—¿Y qué podremos hacer con eso? —le preguntó.

Su marido le dijo:

—De esos capullos nacen mariposas que ponen semillas de gusanos de seda; esos gusanitos adquieren vida en el mes de mayo, y cada uno hace un capullo de seda en el mes de junio; si los cuidamos bien, tendremos seda y huevos de oro mientras queramos, sin buscar la gallina fabulosa.

Así lo hicieron los dos esposos, y, renunciando a locas aventuras, en pocos años consiguieron que los gusanitos de seda produjeran tanto dinero, que llegaban a reunir todos los años para cubrir todos los gastos de la casa y de tan noble industria, y también para formar un capitalito modesto con sus ahorros.

No hay gallinas de huevos de oro; ni hay más prodigio para enriquecerse honestamente que el trabajo tenaz y perseverante.

FIN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chononcito, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Toy vamos a dedicar nuestra charla a las avutardas. ¿Te parece bien, mi querido buho?

—Muy bien. Con tal de satisfacer tu curiosidad todo me parece bien. ¿Sabes cómo se llama también la avutarda?

—Hasta que tú me lo digas, no lo sé.

—Se la conoce con el nombre de «avestruz de Europa». No quiere esto decir que sea tan grande como el avestruz, pues cuando ha alcanzado su mayor desarrollo llega a medir más de un metro de largo y de dos metros y medio desde la punta de un ala a la otra. Su peso no llega tampoco al del avestruz, pues generalmente no excede de quince o dieciséis kilos.

—En España hay avutardas, ¿verdad?

—Las hay en los campos de las dos Castillas, en Andalucía y en Extremadura. Huye de los bosques y de los sitios donde abundan los matorrales. En cambio, busca los lugares descubiertos, las llanuras donde puede ver desde lejos cualquier peligro. Es un ave muy recelosa y no se deja sorprender ni engañar tan fácilmente. Para despistar a sus perseguidores tiene la costumbre de ir a buscar el alimento lejos de aquellos sitios donde ha pasado la noche.

—A mí se me figura que con tanto como pesa debe de volar con gran dificultad. Son muchos kilos para remontarlos por el aire.

—En esto les pasa lo mismo que a los aeroplanos de gran peso. Lo que más trabajo les cuesta no es precisamente volar, sino despegar. Tienen que dar dos o tres saltitos para tomar impulso, y una vez que se sostienen en el aire, dan varios aletazos con lentitud, y cuando llegan a cierta altura se deslizan con rapidez extraordinaria. Vuelan con el cuello muy extendido hacia adelante, las patas recogidas hacia atrás y su pesado tronco ligeramente inclinado hacia la parte posterior.

—Si les cuesta tanto trabajo levantar el vuelo no tiene nada de extraño que sean tan recelosas. Has de tener en cuenta, amigo buho, que si se confiasen demasiado las podrían cazar con mucha facilidad.

—A mí, querido Chonón, me parece muy bien que sean tan desconfiadas. En cambio, me fastidian esos animales tan tontos que casi puede decirse que se dejan cazar. Bien es verdad que en el pecado llevan la penitencia. La avutarda tiene muy desarrollado el sentido de la vista, y desde muy lejos reconoce el peligro. Su instinto es admirable, pues se da perfecta cuenta de las intenciones de la gente que va por el campo. Cuando ven un campesino ocupado en sus faenas agrícolas no se muestran muy recelosas, y saben distinguir muy bien un palo de una escopeta o de un útil de labranza.

—¿De qué se alimentan?

—Cuando son pequeñas sólo comen insectos; más adelante van comiendo toda clase de plantas verdes, prefiriendo las coles y las

hortalizas. En invierno escogen los cereales y desenterran los tubérculos de las plantas, tragando granitos de cuarzo para facilitar la digestión. Agua beben muy poca, y les basta para apagar su sed con las gotas del rocío de la mañana.

—Tendrán unos nidos muy grandes, ¿verdad?

—No tanto como los de los avestruces. Buscan para anidar sitios ocultos, que estén muy a resguardo de las ojeadas de los cazadores. Por regla general eligen los campos cubiertos de cereales, y dentro de éstos, los sitios más ocultos. Para hacer el nido escarban con las patas en el suelo y hacen una ligera depresión que tapizan con rastrojos y hierbas secas, y allí depositan dos o tres huevos de cáscara muy gruesa y bastante rugosa cubierta de manchas y de una ondulación oscura sobre fondo verde de color aceituna o gris. El tamaño de los huevos es, poco más o menos, de ochenta milímetros de largo por sesenta de grueso. Cuando la hembra se acerca al nido lo hace con todo género de precauciones, revoloteando antes por los alrededores para cerciorarse de que nadie la vigile, y una vez en el suelo se rastrea casi pegada al suelo hasta el mismo nido. Una muestra de lo recelosa que es esta ave es el detalle siguiente: cuando nota que alguien ha variado la posición de los huevos que hay depositados en el nido, remonta el vuelo y no vuelve por aquel lugar. Otras veces hace lo mismo si percibe pisadas humanas alrededor del nido.

—¿Y a ti no te parece, querido buho, que este recelo no habla muy bien de los instintos maternos de la avutarda? Recuerdo que cuando me hablaste del avestruz me digiste que esta ave se sacrificaba por sus pequeñuelos y que arriesgaba su vida antes que dejar abandonadas a sus crías.

—De los instintos de ternura de la avutarda no te he hablado aún. Cuando los huevos están muy avanzados en su incubación y falta ya poco para que salgan los polluelos, no los abandona ya la madre tan fácilmente. A medida que se acerca el nacimiento de sus hijitos va apegándose más al nido y ya pueden más en ella los sentimientos maternos que el temor de ser sorprendida. La incubación dura un mes, y tan pronto salen los polluelos, la madre los seca, los calienta con solícito cariño y se los lleva en seguida consigo a lugar más seguro. Durante varios días les lleva en su pico pequeños insectos, hasta que ellos pueden por sí mismos procurarse el alimento. A los treinta días ya pueden revolotear, y quince días más tarde acompañan a los padres en sus travesías por el espacio.

—No h animal que no sienta los instintos maternos.

—Ninguno; ni aun los que se nos muestran más feroces. Y por hoy, querido Chononcito, cierro el pico, y otro día hablaremos de otra cosa.

—¿De qué?

Ya lo veremos; probablemente de lo que tú quieras.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



José y Enrique Sabate.—Vosotros no os enfadareis ni tanto así si os digo que no me atrevo a publicar vuestro chiste. El Gran Consejo Pinochista acordó hace ya mucho tiempo no publicar dibujos ni textos con alusiones personales para evitar enojos que vosotros mismos comprenderéis pudieran surgir. Yo reconozco, mis queridísimos Pepito y Enrique, que vuestro chiste es absolutamente inofensivo, es muy gracioso, original, y sin pizca de malicia; pero yo no puedo contravenir los acuerdos del Consejo Pinochista. Vosotros, que tanto ingenio demostráis, sabréis hacer otras cosas, y tened la seguridad de que en cuanto me las enviéis las mandaré a la imprenta para que entren en seguida en su turno. Desde luego podéis mandar más de un chiste (que no sean muy largos) con un solo cupón. Apretadísimos abrazos de vuestro incondicional.

Luis Vidal Ribas.—Ten la seguridad de que todos los trabajos que vienen con su cupón y en condiciones de poder publicarse se publican. Del mismo modo que han salido ya dos de tus dibujos, saldrá el que falta. Lo que ocurre es que son tantísimos los que esperan turno que no es extraño el retraso. No desmayes por esto y envíame más cosas. Me preguntas que si tendrán premio y a esto yo no puedo contestarte porque ello depende del fallo del Gran Consejo Pinochista que hace una justicia estricta. Tus trabajos merecen desde luego todas mis alabanzas y mi felicitación más calurosa. Da muchos recuerdos a Javierito y Santiago y ahí va un fuerte abrazo de tu gran amigo.

Benito Montuenga.—Ha llegado a mis manos la inexpugnable fortaleza que es terror de los más valerosos guerreros. Con este formidable castillo pienso dar a Chapete la batalla decisiva que acabe de una vez para siempre con el falsario muñeco de trapo. Una reproducción de la maravillosa fortaleza irá a mi revista para que todos la contemplen. Muy bien, querido Benito. Te envía muchos abrazos tu siempre tuyo.

Paquito Cienfuegos.—Me encanta la extraordinaria sencillez de línea que tienen tus dibujos. Están resueltos de modo admirable. Unas manchas negras, unas siluetas de casas, y hete aquí la perfecta impresión de una noche de luna. Me tienes asombrado. Excuso decirte que se publicarán tus lindos trabajos. No faltaba más. Tuyo, muy tuyo.

Pinocha

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho.
ENCARNACIÓN
PEREGRÍN.



El juguete de mi
hermana.
FRANCISCO LAIRADO.



Pinocho.
FERNANDO MARTÍN.



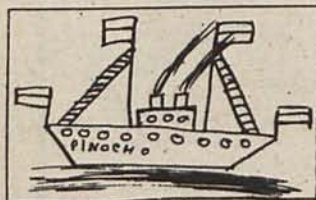
Escudo.
MANUEL LAIRADO.



El burro de mi lavandera.
ROSARIO LOSADA.



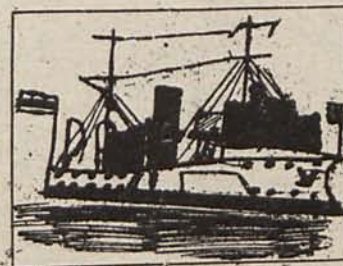
Sancho.
ANTONIA
ESQUIVIAS.



El barco de Pinocho.
OTTO VARGAL.



Chapete.
CARMEN MALDONADO.



El cañonero Recalde.
ENRIQUE ALFARÉS.



Caballo.
AGUSTÍN MORALES.



Pavo real.
MERCEDES LAIRADO.



Una prince-
sita.
ELENA
SIMARRO



Un conejito.
LÓLITA MENDOZA.



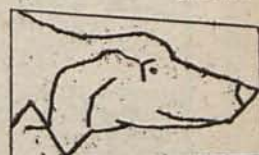
El correo de Madrid.
MANUEL PALACIOS.



Chonón.
J. M. LUM-
BRERAS.



Tres buenos amigos.
ELISA SAYÉ



Un perro.
RAMÓN SARRIÁ.



Don Turu, llorando.
R. L.



Linda pastorcita.
INÉS JARAQUEMADA.



Un alemán.
PEDRO SERRA.



Chonón.
E. B.



Mi chino Chín-Chón.
PILAR ZAPATA.



Mi amigo Morranguis.
RAMIRO BENAVENT.



Mi paloma Kiki.
JOAQUINA JARAQUEMADA



Jaúregui en una parada.
MANOLITO TRUJILLANO.



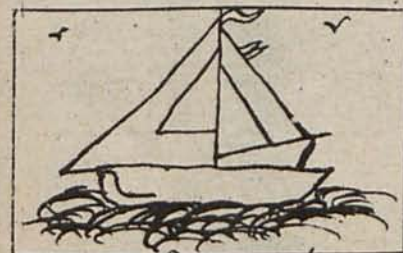
Pinocho vencedor.
VÍCTOR JOSÉ GIL.



Un rancho.
ADOLFO E. SERA.



El torpedero de presa.
FRANCISCO G.



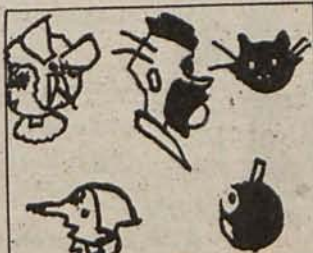
Un balandro.
M. MARTÍNEZ.



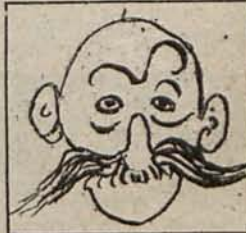
Pingüino
BALEINO
FERNÁNDEZ.



Morranguis.
ALFONSO ROLINO.



¿Quién no los conoce?
M. BARROSO.

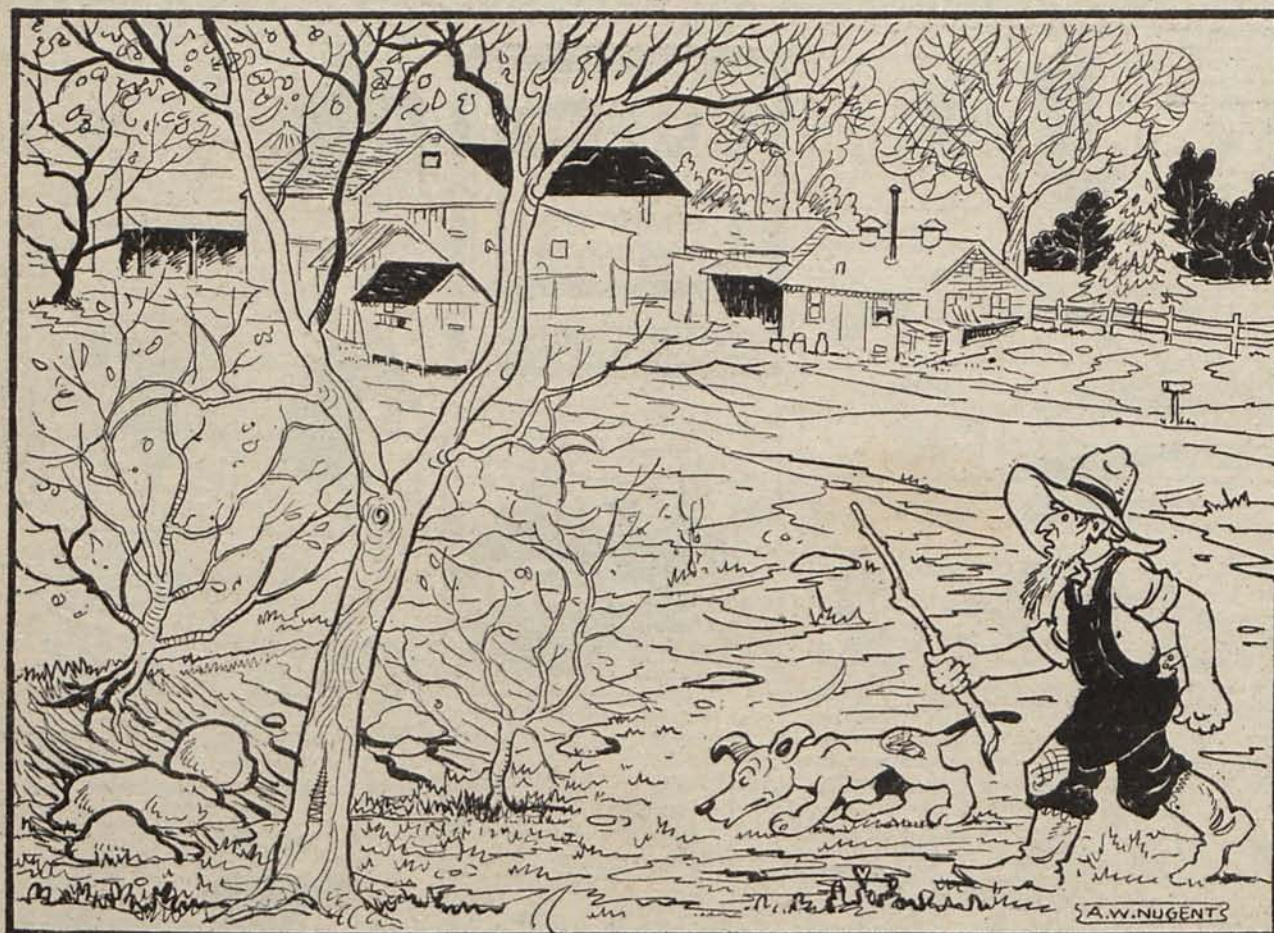


Mi tío.
ELVIRA SERRANO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS AMARGURAS DEL TÍO ROQUE



El tío Roque no se da punto de reposo para vigilar su huerta y su despensa. Pero de nada le sirve, pues una vaca del vecino y dos formidables perros le devastan: la vaca, las coles, y los perros, los chorizos y las morcillas.

El desgraciado tío Roque ha cogido una estaca y se dispone a propinar una paliza a los intrusos... si los encuentra. Buscadlos vosotros y decidles que dejen en paz al pobre tío Roque.



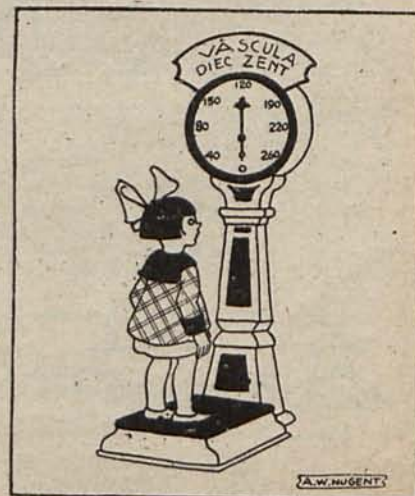
EL BUHO GEÓ- METRA DIBUJO CON METRA ERRORES

El señor Buho presenta hoy el siguiente problema:

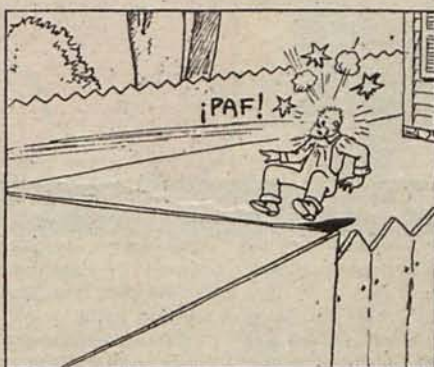
Trazando sólo cinco líneas sobre el cuadro blanco, dividir éste en 16 trozos.

Estas líneas serán completamente rectas.

Ocho errores hay en el presente dibujo. Para ayudaros en su busca os diré que todos los errores se hallan en la báscula. ¿Cuáles son?



ANITA BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off., Copyright, 1988, by The Chicago Tribune



Sección PIRULA

PIRULA, BORDADORA Y REPOSTERA

¡Qué simpática es la vaca! ¡Tan bonachona, y con sus enormes ojos asombrados, que siempre parece que están contemplando el paso de algún tren, y su ancha lengua rugosa, que

nos coge de la mano puñados de hierba y de sal.

Además, nos regala tan generosamente el más sabroso y nutritivo de los líquidos, que es algo así como la segunda mamá de todo el mundo, y, sobre todo, de todos los niños.

Para recompensarla por sus buenos servicios, la vamos a pasear en tren, un tren de juguete muy gracioso, que bordaremos con algo de encarnado sobre un babero blanco, en blanco, en un sobre para la servilleta de «toile» de hilo azul, salmón o verde, y en el color que sea sobre un trajecito de «tutor» de color natural.

Después de hacerle a la vaquita tan grandes como merecidos honores, si estamos en el campo iremos a ordeñarla —mejor dicho, a ver como la ordeñan, pues la operación no es tan sencilla como parece, y, como todas las cosas, requiere su aprendizaje—, y con la leche de la vaca y con la nata de la leche, haremos cosas riquísimas.

Refresco criollo de leche.—Seguramente conoceréis la historia del asno de Buridán; por si acaso, os la recordaré.

El tal Buridán no es un asno, como creen algunos, sino un filósofo francés del siglo XV; este señor afirmaba que si un asno que tuviese

igualmente hambre y sed se hallase colocado a igual distancia de un cubo lleno de agua y de un cesto lleno de avena, se moriría antes que decidir por cuál de los dos debía empezar.

¿Qué haríais vosotros en un caso parecido? Por ejemplo, colocados entre un vaso de refresco y un plato lleno de pasteles, y padeciendo hambre y sed por igual.

Difícil resulta resolver este grave problema; para mí tengo que si esto aconteciera en verano, optaríais por el refresco, sobre todo si se trataba del refresco criollo, a base de leche, cuya receta os voy a dar ahora mismo.

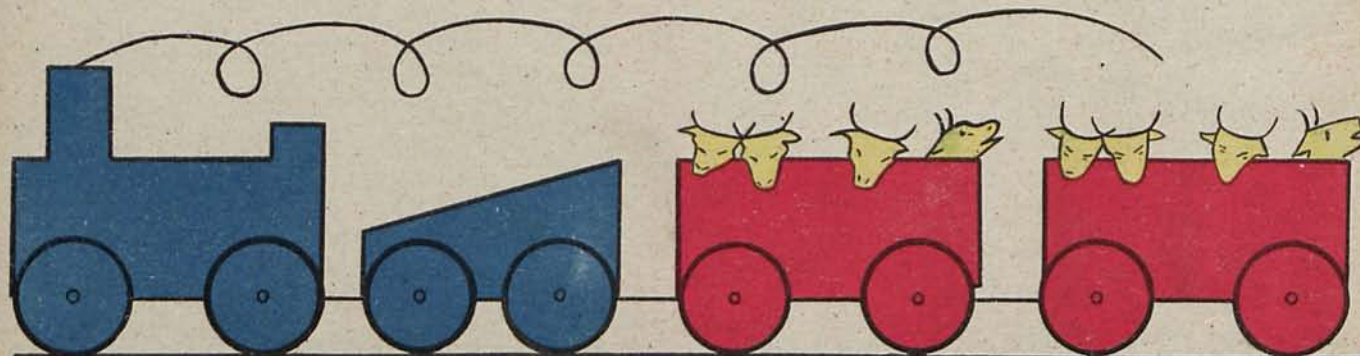
Se necesita una piña, un limón y medio litro de leche.

Se machaca la piña y se pasa el jugo por un paño; se le añade la leche y el zumo de limón, cuidando mucho de que no caigan pipas

(Para esto, y para muchas cosas más, conviene tener un cacharro especial para estrujar limones, que es de cristal y tiene en el centro un cono, y que seguramente conoceréis.)

Se hiela la mezcla y se sirve en vasos, en los cuales se pone previamente azúcar molida y hielo machacado.

Esta bebida se toma con pajas, naturalmente; ¡pues no faltaba más, con lo que nos gusta y nos divierte a todos aspirar los refrescos con paja!



Palillos de nata y sal.—Rosina les echa a todos los alimentos sal en abundancia; y, en broma, suele decir: «Claro, como soy tan sosa, pues necesito comerlo muy salado todo.»

En cambio, a su hermana Marita le gusta todo casi sin sal, y hasta sin casi. Y, también en broma, suele decir: «Claro, como soy tan salada, pues no necesito más sal que la mía.»

¿Cuál de las dos tiene razón? No lo sé, porque lo mismo podían decir todo lo contrario; y es que Rosina lo necesita todo salado, porque ella es sosa; y Marita lo necesita todo soso, porque sosa es ella también.

El caso es que yo las voy a poner de acuerdo brindándoles una receta de galletas saladas, tan sabrosas que tienen que gustar por igual a la una y a la otra, y a todas las demás resaladísimas Pirulindas que las quieren realizar.

Estas galletas son tan fáciles de hacer, que, a no ser tan exqui-

sitas, serían indignas de una repostera experta, cual sois todas vosotras y vuestras mamás.

Además, resultan tan baratas, que casi puede decirse que no cuestan nada.

El elemento esencial es la nata de leche hervida; por eso os indico la receta ahora en verano; porque como la nata se echa fácilmente a perder, no puede guardarse de un día para otro; además, os habrá encantado mi refresco criollo; lo estaréis tomando a todas horas, con lo cual gastáis mucha leche; y estas galletas os dan una manera de utilizar la nata correspondiente.

Supongo que disponéis de una tabla especial para repostería y un rollo de madera ídem.

Se coge toda la nata de leche hervida de que se puede disponer y se mezcla, no sin echarle sal en abundancia, con harina de hojaldre, en cantidad suficiente para que forme una masa espesa, que, al trabajarla, no se pegue a la tabla.

Esta masa, que se extiende con el rollo, se corta en trozos, dándole la forma que se quiera, si bien la más adecuada es la de unos palitos estrechos.

Los palitos se meten en el horno, bastante caliente, y se dejan unos minutos, o sea el tiempo necesario para que se doren.

¡Y nada más!

